



La revista CIUDADANO ha publicado recientemente un reportaje en el que se analiza la posibilidad y las consecuencias del caso en que en nuestro país hicieran graciosa explosión unas cuantas bombas de hidrógeno. El programa es más bien una ricura. Como se sabe (o no se sabe) España ha cedido unas cuantas parcelitas del territorio reconquistado a los moros en la Santa Cruzada para que los rubios defensores de occidente, llamados en sentido técnico norteamericanos, guarden sus cachorros atómicos hasta el día en que ellos lo necesiten que probablemente sería la víspera de morir usted y un servidor. Las parcelitas están situadas en lugares estratégicos: una en Torrejón, es decir, cerca de la calle Ballesta; otra en Zaragoza, es decir, cerca del Pilar; y otra en Rota, es decir, a un paso de megatón de donde Pemán tiene el cortijo. En una mañana se nos podrían ir estas tres columnas de la patria al infierno.

La revista CIUDADANO analiza las consecuencias de una explosión a base de megatones y nos demuestra que esto se podría convertir en una freiduría de churros: baturros asados como cangrejos de río, madrileños convertidos en sopa de cocido, andaluces fritos como chan-

LAS BASES AMERICANAS Y LAS BOMBAS ATOMICAS

quetes. Aparte de una retahíla de muñones, castraciones radioactivas, cegueras sin posibilidad de vender los iguales, ondas expansivas de rayos gamma que riase usted de esta horterada de contaminación, hongos radioactivos que remediarían en un santiamén la pertinaz sequía, y un horror de contribuyentes embotellados en el utilitario huyendo del horno atómico y todo eso. Pero eso no es nada comparado con la pérdida de otros sagrados valores. Párese usted a considerar que si aquí hicieran explosión unas cuantas bombas atómicas en un periquete iban a desaparecer también la unidad de destino en lo universal, la otra unidad ésa de los hombres y tierras de España, los señores que quieren echarse al monte ya, el grupo Tácito ese tan cursi que aparece cada semana en el YA soltando artículos escritos con pluma de pava, los socialeros al baño maría, las asociaciones surrealistas ésas que nos preparan los santos padres que a la hora

de la verdad comen como bestias, la gauche divine que vive en casas de Bofil con mucha pared blanqueada de cal, mucho recoveco monástico y mucha hornacina con cerámica. Las otras casas que no son Bofil no necesitan una explosión atómica para caerse. Se caen solas a partir de la tercera letra de cambio. Los únicos que se iban a salvar aquí serían los de siempre. Las bombas de Palomares ya fueron una desmostración. En España hay unos señores labriegos que bajo un sol de cincuenta grados andan vestidos con traje de pana y boina capona. Está comprobado que esta indumentaria es el mejor refugio atómico. Pues bien, en caso de cataclismo nuclear en España se salvarían los cabales: unos cuantos labradores que van empanados como escalopes y algún rojo que la explosión le pillara en Rusia cobrando el famoso oro de Moscú.

Y todo eso por nada. Simplemente porque los americanos, como en otro tiempo el Imperio Carolingio, nos han caído bien y nos han regalado un par de camiones con leche en polvo. Algo es algo. Mejor es morir por un saco de leche en polvo desnatada que por nada.

